

ANTONIO
GARCÍA BARBEITO

SILENCIO

Ni siquiera en la mesa te dejaban hablar con el tono de otros días: «Shiiii... Habla más bajo, hijo, que está muerto el Señor...»

ESTABA dicho y bien aprendido. Como otras advertencias, lo habían dicho el cura, el maestro, la madre, el vecindario todo: «El Viernes Santo muere el Señor, y hay que guardar silencio todo el día...» Oíais cómo chillaban los gorriones, y se oía perfectamente el sonido de camisa al viento del vuelo de las palomas, pero las voces iban como un secreto por las calles del pueblo, y si, incapaz de guardar respeto, un niño daba una voz o pateaba una lata, no faltaba una voz —suave pero con exclamación— de denuncia: «¡Que se ha muerto el Señor, no hagas ruído...!» La del Señor era una muerte que os afectaba a todos, como si hubiera muerto el tatarabuelo de la primera sangre del lugar. «¿Y a qué hora se ha muerto?» «A las tres...»

La cocina era un luto de carne, aunque hubiese posibilidad de pagar la bula. El Viernes Santo era el Viernes Santo, y tú celebrabas que así fuera, porque nada malo ocurría por imponer silencio y respeto y aprovechar guisantes, habas, tagarninas, espárragos, huevos, cazón... Ni siquiera en la mesa te dejaban hablar con el tono de otros días: «Shiiii... Habla más bajo, hijo, que está muerto el Señor...» Con tal de conseguir en estos tiempos aquel silencio, aquel respeto, te gustaría que los chiquillos, por creencia o por obediencia, guardaran compostura el Viernes Santo. Y aunque te duelan en la memoria de la preparación de tu primera comunión los alfileres de la doctrina que, como castigo ante un error, usaban las niñas que te examinaban, recuerdas disciplinas que no sólo no te hicieron daño, sino que te han ayudado a ser más respetuoso, más educado, más obediente. El...

LA FORMACIÓN VÍA MIR DE LOS
MÉDICOS DE FAMILIAPOR RAFAEL
OJEDA RIVERO

El maltrato de la Administración, la falta de respeto, la precariedad laboral, la politización y la ausencia de incentivos están expulsando a muchos médicos de la sanidad pública andaluza

HACE unos días, este periódico publicó una tribuna sobre la escasez de médicos en España que incluía una idea polémica. Se proponía, concretamente, que para el ejercicio de la Medicina Familiar no se exigiese formación vía MIR, con el fin de aumentar la disponibilidad de médicos «de cabecera». No obstante, aunque es verdad que en nuestro sistema sanitario faltan médicos de diversas especialidades, no solo de Medicina de Familia, estoy convencido de que la solución a este problema no vendrá de la mano de una modificación del actual sistema formativo, sino de una adecuada incentivación de los médicos que trabajan en la sanidad pública.

La especialidad de Medicina Familiar y Comunitaria se creó en 1978. Unos años después, en 1986, la Unión Europea exigió a los Estados miembros que los médicos generales recibieran una formación adicional específica de al menos dos años de duración tras la licenciatura. El acatamiento de este mandato por nuestro país supuso que a partir de 1995 la especialidad de Medicina Familiar se convirtiese en requisito para el ejercicio de la Medicina General. Nadie que conozca nuestro sistema sanitario puede negar que esta

ma formativo. De hecho, una oferta de formación de peor calidad probablemente reduciría aún más la demanda de esta por los recién graduados.

Cualquier propuesta que devalúe, siquiera indirectamente, el papel de los médicos de familia en la asistencia sanitaria constituye un grave error. La Medicina de Familia es un pilar fundamental de cualquier sistema sanitario, hasta el punto de que sospecho que muchos de los males que aquejan al nuestro tienen su origen en la falta de inversiones en Atención Primaria. El verdadero cambio que necesitan los compañeros que trabajan en este ámbito es disponer de más tiempo por paciente, consultas menos burocratizadas, menos injerencias políticas y presiones economicistas. Necesitan, en fin, que su especialidad sea dignificada, no cuestionada.

La Medicina de Familia posee todos los elementos que hacen hermosa nuestra profesión. Sin embargo, cada vez es más difícil ejercerla en condiciones adecuadas. Los médicos de

Atención Primaria carecen de recursos suficientes y están sometidos a incentivos perversos que se hacen pasar, ante los pacientes, por decisiones médicas. Pienso en las presiones para no derivar al paciente al hospital o para prescribir por principio activo. Algunos conceptos retributivos implantados en Atención Hospitalaria les han sido escamoteados por la Administración andaluza sin ninguna explicación. En estas condiciones, la falta de médicos en Atención Primaria no puede sorprendernos.

En los próximos años vamos a oír hablar mucho de la escasez de médicos, pero su tasa por habitantes en España es similar a la que existe en otros países desarrollados. Quien piense que solucionaremos los problemas de la sanidad pública formando más médicos o contratando profesio-

